

bolsillos del raído chaquet los terrones de azúcar sobrantes, operación que hacía á diario so pretexto de agradar á un perrito suyo que nunca por cierto le vimos que llevara en su compañía.

De este modo y de la manera ésta transcurrió mucho tiempo; nosotros, los cuatro amigos, acudiendo al café de costumbre, y Don Paco yéndonos á ver con sus ojillos risueños, su chaquet raído, sus botas recosidas inhábilmente, su sombrero hongo resquebrajado y sus cuchufletas siempre á pedir de boca...

¡Y venga azúcar!

Aquel dichoso perrito nos llamaba ya la atención, pues muchas veces nos quedábamos á medio almíbar á causa de nuestro ilustre y nunca bien ponderado Sr. Don Francisco que con más libertad que antes, tal vez abusando de nuestra indulgencia, tal vez alentado por un deseo que nuestro egoísmo se negaba á pagar, metía la mano en los platillos con la mayor de las desfachateces.

— Yo le escarmentaré, os lo juro — dijo uno de nuestros compañeros que estudiaba farmacia.

Y al día siguiente, con el júbilo que inspira todo acto diabólico en la gente joven, vimos á nuestro camarada envenenar un terrón en medio de las mayores risotadas.

Llegó Don Paco y no hay que decir que repitió la suerte. Prorrumpimos nosotros en carcajadas que procurábamos acallar con el pañuelo, y nuestro amigo se marchó un tanto amoscado... Pero no devolvió el azúcar, nada de eso.

Vinieron días y más días y nuestro viejo contertulio dejó de frecuentar nuestra reunión. Esto nos contrarió grandemente, pues nunca hubiéramos deseado tanto.

Al cabo de un mes, y cuando ya las vacaciones del estío habían empezado, yo le ví aparecer todo lloroso. Mi sorpresa no tuvo límite como igualmente mi alegría. Sentí grandemente la ausencia de mis compañeros, pero 'antes de que entrara en la explicación de ella, el bueno de Don Paco me interrumpió persistiendo en su afán de ocultar lo que sentía.

— Me ha ocurrido una desgracia inmensa.

— ¿Pues qué?

— Nunca les dije á Vdes. que tenía una hija, ¡mi única familia!, pues bien, esa hija estaba enferma hacía cinco años y se me ha muerto. Por eso he dejado de venir al café...

Yo temblé como un azogado y Don Paco continuó:

— Como es Vd. formal le diré una cosa: el azúcar que me llevaba era para ella, la verdad. Por eso le suplico que me dispense la última falta que cometí, que fué una grosería, sí, por cierto... Le prometo que no reincidiré, pero no diga usted nada de esto á nadie.

Y el buen viejo, variando de conversación, comenzó á celebrar las ocurrencias de mis compañeros diciendo con una risilla jovial que pugnaba por ocultar su llanto:

— Yo también he sido joven.

MIGUEL DE SILES CABRERA



¡QUI SAB!

Al conéixe'ns del mon en la follía  
ni tú, ni jo, gosarem á parlar;  
quiscun ben clar llegía  
lo que 'ls ulls no podían amagar.

Sempre honrats, may perjurs, de nostra boca  
jamay n' ha eixit lo mot abrusador,  
com si 'l cor fos de roca  
davant del mon hem amagat l' amor.

Y per ço sens cercarse, las miradas  
d' abdós s' han abrassat en ardent bes;  
si las mans s' han juntadas  
han tremolat de goig y s' han comprés.

Als ulls del mon que ignora 'l sacrifici  
semblém un cel ennuvolat y trist;  
darrera l' artífici  
crema 'l flam d' un amor sens ésser vist.

Y aixís la vía fém, ab la certesa  
de que may l' un de l' altre ésser podém;  
¡ Mes qui sab, si al finar sense tristesa  
tot pensant l' un en l' altre, 'ns morirém !

BONAVENTURA BASSEGODA